PAPEL
DE
FUMAR
NIKOLA

LA NOVELA PICARESC

VN·DON·JVAN·PRECOZ



·POR·JVAN·G·OLMEDILLA·

Año II Núm. 39

La Novela Picaresca

Esta publicación, como sus iguales en el extranjero, viene a dar todas las semanas el aspecto alegre y sano de la vida en tono regocijado y desenvuelto, pero dentro del más depurado estilo literario

UN DON JUAN PRECOZ

(AVENTURAS DE JUAN DE LA OLIVA)

POR

JUAN G. OLMEDILLA

(*Dibujos de Loy.*)

PUBLICACIONES
EDITORIAL FLERIDA
PLAZA DEL CARMEN, 1.
MADRID

LA NOVELA PICARESCA

NUMEROS PUBLICADOS

1.—*Las dos amigas y el otro*, por Arturo Cook. (Agotado).
2.—*La virginidad de Tina*, por Ambrosio (Agotado).
3.—*Un sátiro en Toledo*, por Ambrosio.
4.—*La mujer del señor juez*, por Julio Ciprés García.
5.—*Tina se casa*, por Ambrosio.
6.—*Amor e hipnotismo*, por J. Ciprés García.
7.—*Las aventuras de un notario*, por Jacques Labrie.
8.—*El Monasterio*, por Kaotong-tsia y Yuan Chen.
9.—*Cuentos galantes de Marruecos*, por Cheikh Nezaoui.
10.—*Un suicidio interrumpido*, por Nicolás de Salas.
11.—*Placeres conyugales*, por Pedro Cuenca.
12.—*El demonio son los chicos*, por Fabricio del Dongo.
13.—*Tres lecciones de amor*, por Adela Flores Serrano.
14.—*Memorias de una mujer casada*, por Gabriel Nervín.
15.—*El triunfo de un Matemático*, por Pedro Morante.
16.—*La enfermedad de Ernesto*, por Isidro Thomé.
17.—*La morenita del cabaret*, por Andrés González Blanco.
18.—*El cuarto desocupado*, por Julián Sorel.
19.—*El arte de hacer niños*, por J.s; Br.no.
20.—*La pomada de la infelicidad*, por Alvaro Retana.
21.—*Juegos de cama*, por Adelita Flores Serrano.
22.—*El chaleco del vecino*, por Fernando Luque.
23.—*El lío de la trastienda*, por Fabricio del Dongo.
24.—*Vida de Santa*, por Diego San José.
25.—*La Merlo*, por Fernando Luque.
26.—*El Monte de Piedad*, por Fernando Luque.
27.—*La Corsetera*, por Pedro Morante.
28.—*La Camisa*, por Fernando de la Milla.
29.—*El amor se impone*, por Julián Sorel.
30.—*Seducción*, por Alvaro Retana.
31.—*La acompaño en el sentimiento*, por Juan G. Olmedilla.
32.—*Las dos chicas*, por Fernando Luque.
33.—*Los tres estrenos de Juana*, por Luciano Leuwen.
34.—*La noche de bodas*, por «Juan Cerezas».
35.—*Pío Porti*, por Fernando Luque.
36.—*Las Siete Virtudes*, por Andrés González Blanco.
37.—*El piso de las conquistas*, por Fernando de Santillana.
38.—*Historia de un «Botones»*, por Fausto Gerardo.

Enviamos los números publicados, previo envío en sellos de Correo, al precio de 25 céntimos ejemplar.

PROLOGUILLO

Juan de la Oliva es, como yo, sevillano, dicho sea sin el menor asomo de vanidad por mi parte. En Sevilla cursamos juntos el bachillerato y comenzamos la carrera nacional: Leyes. Eramos compañeros, pero no amigos, a pesar de la homonimia, la condisciplina y el paisanaje, y no obstante la común desaplicación del estudio.

Juan de la Oliva era listo, pero haragán; sólo se distinguia por un prematuro afán erótico, de mujeriego nato. Y lo que nos extrañaba a todos—cuando no lo poníamos en tela de juicio—era que siempre tuviese en marcha un asunto amoroso. Mi tocayo, sin ser feo, era insignificante: estatura menos que mediana, cara puntiaguda, como de pera invertida, magrillo, estevado, tipo de hombre no hecho, de niño envejecido sin granar. Sentado en clase, parecía mejor, pues sus ojos, que no eran bellos, tenían cierta viveza cínica y chispeante, y la fren-

te aparentaba noble inteligencia y el cabello era largo, fino, negro, ondulado, como hemos convenido que sea el de los violinistas famosos. Pero de pie, viéndole andar... (No sè, vosotras, las mujeres tenéis gustos verdaderamente extraños.)

Al concluir el preparatorio de Derecho nos separamos, y no hemos vuelto a vernos desde entonces. Ni yo supe jamás de él hasta que, hace un año, al publicar mi primera novela galante, recibí una carta suya —y un paquete de cuartillas, certificado— cuando ya tenía sepultados su figura y su nombre en el más profundo de los olvidos.

Amiel, en su diario, decía que no hay un corazón sin novela. Yo digo más—y testifico con editores y empresarios, que es, ciertamente, testificar con vivos—: todo el mundo tiene su novela escrita o su drama escenificado. Y mi amigo—¿cómo no?—tiene también su novela. Que es la novela de su vida.

No hay en ella apenas forma, construcción, «arquitectura», como creo que se dice entre noveladores. Las mil cuartillas que me envió—y que yo recibí con gran sorpresa, pues en nuestros años estudiantiles no escribía ni a su familia por tenerla toda junto a él, en Sevilla—constituyen un diario de recuerdos sensuales, unas memorias de hombre amoroso «que gozó lo suyo entre las mujeres y ahora lo escribe para revivirlo de nuevo al evocarlo»—, según confiesa él mismo en sus cartas. En la primera de éstas pretendía—al fin le he disuadido de ello—que yo adoptara como mío su manuscrito y que como mío lo publicase, dejando en la sombra de lo no édito su nombre.

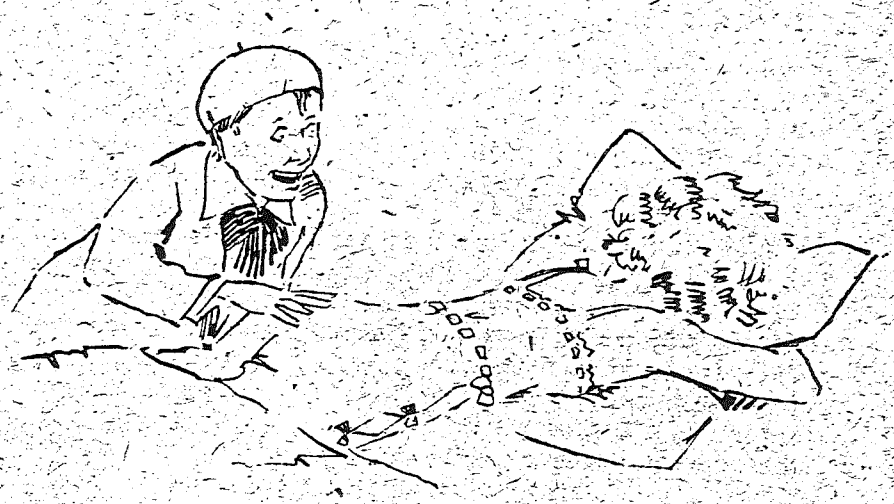
Yo... afortunadamente soy todavía joven, lo preciso para obviar, incorruptible, estos contubernios. Así, me he limitado a corregir levemente el estilo, demasiado crudo, de mi tocayo, condiscípulo y paisano, y empiezo a dar al público su obra, con su nombre adjunto, en las mismas cuartillas en que él la escribiera bajo el poder evocador de su pasado.

Estas aventuras recuerdan, en su sencillez, a Casanova. Pero mi amigo no ha leído a Casanova, y por eso escribe como él, o sea, dando en ellas un trozo de vida de su tiempo, sin ocuparse de conseguir «efectos» a la usanza de esta o la otra escuela literaria, sino, simplemente, para recreo de su alma, un poco fatigada de tanto haber vivido... Si hay algo—yo creo que mucho—bueno y regocijante en las memorias que hoy comienzan a darse a la estampa,

desviad la admiración que ello os suscite hacia Juan de la Oliva. Y si lo encontráis todo desabrido, aburrido, poco original, et cœtera..., no me culpéis a mí mucho más que al editor, pues yo me he limitado en todo momento a aclarar alguna expresión anfibológica, a colocarle las comas donde era menester, y a ponerle, de vez en cuando, los puntos sobre las íes...

Buenas noches.

J. G. O.



UN DON JUAN PRECOZ

(AVENTURAS DE JUAN DE LA OLIVA)

I

Mi madre nació en la Patagonia. No veo la imposibilidad de que la madre de uno haya nacido en la Patagonia. Admitido, pues, esto, diré más: diré que mi tía Amancia vió la primera luz en la Patagonia también. Mi padre, en cambio, era cómo yo sevillano, pero en la Patagonia se hizo rico. Allí casó y al repatriarse sentó sus reales en Sevilla. A poco de instalar su hogar definitivo, vine yo al mundo, de un modo bastante caro por cierto, pues mi vida costó la suya a la que me concibiera.

No sé durante mi primera infancia hasta qué punto respetarían la memoria de mi madre el autor de mis días y mi tía Amancia. Pero recuerdo perfectamente que el 24 de junio de 1900, imborrable fecha en que yo cumplí siete años, ya no la respetaban. Vine en conocimiento de ello merced a una pueril curiosidad de glotón impaciente.

Mi tía y mi padre habían hablado ante mí de celebrar por primera vez mi cumpleaños, en atención a que aquel disanto comenzaría «el peneque»—como me llamaban—a usar pantalón largo y blusa marinera, siquiera esto no fuese más que los domingos y otras festividades.

Yo oí hablar de dulces, de vinos, de visitas... Y no precisé más para impacientarme. Toda mi voluntad y mi atención toda, giraron desde aquel punto en torno al medio de que habría de valerme para dar con el prohibido rincón del paraíso casero donde las sabrosas golosinas debían estar guardadas. Y me puse, disimuladamente, a espiar a tita Amancia.

Veo perfectamente en mi imaginación todos los detalles. Era una calurosa tarde estival. Las persianas verdes daban suave tonalidad de pámpanos a la luz que entraba por los balcones. De los botijos de La Rambla se rezumaba el agua fresca en sendos platos, y «Chelito»—la gata en que mi padre consagró su más grande admiración coreográfica de entonces—lengüeteaba en ellos, sedienta y perezosa.

—Ven un momento, Oliva—oir bisbisear a mi tía desde su alcoba, llamando, como siempre, por el apellido a su cuñado

—Van a preparar los dulces en las bandejas—pensé. Y con gran cautela, apartando levemente la cortina que cubría la puerta del cuarto púseme a atisbar.

—No leas ahora, hijo; duerme un poco la siesta—decía tía Amancia desde su lecho.

—Sí, me estaba durmiendo ya...—contestaba mi padre.

—Anda, ven aquí... Piensa que a la noche no podemos hacer nada; las visitas se marcharán tarde y mañana tienes que ir al cortijo temprano.

Mis ojos se habían acomodado ya a la semioscuridad de la estancia. Veía a mi padre que se despojaba del pantalón y la chaqueta de su pijama; más al fondo, descubrí a mi tía, supina, tendida sobre su bata de lunares, que estaba completamente abierta y dejaba ver todo el cuerpo, exuberante de formas, moreno como el barro de los botijos. Un detalle me causó verdadera extrañeza: desde el lugar en que los muslos de tía Amancia se unían al vientre hasta el ombligo y de una a otra cadera, negreaba una como cabellera rizada, del mismísimo negror que la hermosa mata de pelo que mi tía lucía como un orgullo ante sus amistades. El segundo descubrimiento no fué menos maravilloso que el primero: mi padre, que era rubio y pálido, tenía también entre las piernas, rodeando su «minina»—que era como la mía, pero mucho más larga y tesa—unos mechoncillos de oro. Estos debían de ser muy del agrado de tía Amancia, porque apenas los vió al descubierto, se incorporó en el lecho y los estuvo besando minuciosamente, mientras mi padre, que se había sentado sobre las almohadas, acariciaba con ambas manos la cabeza humillada de mi tía.

—Déjala ya, fiera—dijo mi padre cariñosamente—. ¿No íbamos a dormir?... Anda...

—No, no. ¡Déjame seguir, déjame que te coma, rey!—contestó «la fiera». Yo, la verdad, me asusté por mi padre al oir esto, y un impulso filial estuvo a punto de llevarme a gritar en su defensa. Pero pronto comprendí que no reñían, sino, antes jugaban, del mismo modo que yo había visto juguetear a «Chelito» con su hijo «Dreyffus», y morderle, y pisotearle, sin causarle el más leve daño...

Pero, ¡qué carambal; alguno le haría, aunque en broma, con aquellos sus blancos dientes afilados y prietos, cuando de pronto se levantó mi padre para caer sobre ella violentamente y clavarle, allí, en la selva negra hasta herirle la carne, el ofendido dardo.

—La ha herido—pensé yo, porque, en efecto, apenas atacada en lo vivo, mi tía empezó a quejarse de un modo tal que parecía morirse.

—¡Ay, vida, que me matas! ¡Que no puedo más!... ¡Sigue, sigue y acaba de hacerme sufrir!... ¡Mi lindo, que me muero!...

Estas exclamaciones entrecortadas y en voz baja, como en una agonía, de tía Amancia, me tenían perplejo.

Juro que mis siete años temblaban de pavor; pero juro también que al mismo tiempo, y sin saber por qué, aquella contienda me placía como un dulce.

Mi padre no decía «esta boca es mía» en el entretanto, sin duda porque no le pertenecía su boca, afanada como estaba en arrancar a uno de los pechos femíneos

la caperucita encarnada, grande como una buena cereza, que coronaba su cúspide. Pero, en cambio, resoplaba como un guerrero que se ensaña sobre el cuerpo inerme de su víctima.

Llegó un instante en que el común ajetreo se hizo epiléptico; estrechamente unidos, mi tía y mi padre empezaron a temblar como dos azogados.

De súbito y de consuno, macho y hembra—que esto eran después de todo—quedáronse inmóviles, rígidos, como muertos. Pa ecía que ambos hubiesen sido derrotados en la misma lucha. Viéndoles aniquilados, lágrimas brotaban de mis ojos, de par en par abiertos por el asombro ante tantas cosas estupendas como descubrieran aquella tarde. Mas... no habían fenecido del todo, como yo pensé; tenuemente llegaban a mis oídos unos besos chiquitines y mimosos, tales los maternales que apaciguan al pequeñuelo después de una llantina...

Cuando, a poco, me cercioré de que mis gratos lares dormían la siesta, abandoné el observatorio. Iba... satisfecho de saber, aunque sin explicármelo, algo que antes ignoraba; pero iba también triste. Pando y silencioso, recorrí toda la casa, aletargada bajo el toldo del patio. Cuando llegué a éste, me tumbé sobre las frescas losetas de mármol, ante mi caja de soldaditos de plomo —que tita Amancia me había regalado aquel mismo día al levantarme—; uno a uno los fuí partiendo todos por la frágil cintura.

Después, llorando sobre mis brazos como sobre una cuna, llorando inconsolablemente, me quedé dormido...

II

De los siete a los... trece o los catorce años, mi vida fué algo lamentable por el grotesco desequilibrio que en mi se dió entre el pensamiento y la forma, entre la maliciosa voluntad pre-instintiva y la fuerza aún no cuajada del sexo. Era yo, desde que sorprendí aquella cópula entre mi padre y tita Amancia, un niño que ya conoce el más hondo, el más sugestivo secreto de los que la vida nos va descifrando; pero que todavía no cuenta con las armas precisas para aventurarse por sus encantados laberintos.

Recuerdo vaga, deshilvanadamente, algo de aquella larga espera, pero ya digo, sin ilación de uno a otro pasaje.

A partir del descubrimiento que hice, el día aquel de San Juan, de que había una manera sabrosa de combatir ocultamente entre hombre y mujer sobre una cama, ya todo lo veía bajo el influjo pecaminoso que tal escena hubo de ejercer en mí para siempre.

...Frasquita, la criada de casa, no era vieja, pero disfrutaba de escaso cabello. Para disimulor su alopecia progresiva, Frasquita, que era muy presumida, aunque viuda y cuarentona o tal vez por ambas razones, solía hacerse el tocado entremetiendo un buen añadido de pelo de color parejo en el suyo harto pobre. Un buen día, hallándola desprevenida, tiré de una punta del añadido, que llevaba suelta, y corrí con mi trofeo en alto hasta el recibidor, en que mi tía charlaba con unas señoras en visita La carcajada fué unánime e inacabables luego las reconvenciones de tía Amancia.

Pero pasado algún tiempo yo olvidé éstas, y recordando sólo el buen éxito que entre los extraños había tenido mi primera denuncia, otro día de recepción, viendo a Frasquita arrastrarse por el suelo de la cocina para aljofijarlo, le alcé por detrás con ágil tacto las faldas e intenté arrancarle la moña de pelo entrecano que descubrí entre sus muslos, para presentarme ante las visitas con la muestra de otra nueva superchería. A poca costa, la criada se defendió de mi asalto.

—¡Vaya con el niño! ¡Qué traviesol —me dijo. Y agregó, inocente, creyendo con ello respetar mi ya perdida inocencia —. Me he guardado *ahí* «el añadido» para que no vuelvas a llevarlo al gabinete. Y ni ahí lo dejas.

Segundos después irrumpía yo en la reunión de mi tía, y plantado en el centro de la estancia, exclamaba:

—¡Tita, tita!... La muchacha tiene también pelo postizo entre las piernas. Y no es tan negro como el de la cabeza, porque tiene muchas canas...

—¡Niño! ¡Qué indecencias dices!— Y tía Amancia se incorporó, para aplastarme seguramente de un tortazo.

Mas yo, recalcitrante, y a seguro ya de sus golpes entre las demás personas, insistí con denuedo y no exento de lógica:

—Pero, ¿qué malo es esto? ¡Si es verdad, si lo he tocado! Y... tú también, tita, tienes otro «añadido» en el mismo sitio. Y doña Julia, tu amiga, lo vi yo un día en su casa. Y «chacha Victoria», que yo lo he visto... Y todas, todas las mujeres... Y papá, y...

Fué un triunfo apoteósico. Todas las circunstantes— excepto tita Amancia, que se mordía los labios abochornada—me tomaron en brazos, me besaron, me apretujaron contra las opulencias del seno. Varios pares de pupilas brillantes, varias bocas risueñas alabaoan «la gracia» a mí en torno... No se me olvida aquel feliz suceso.

... ¡«Chacha Victoria»!... Otra evocación grata... Era una amiga pobre, asidua de casa. Tenía ya sus buenas veintiocho o treinta primaveras, y aún no había encontrado marido a pesar de su indiscutible hermosura. Yo no entendía por aquel tiempo de estos achaques de belleza, y, no obstante, ya me maravillaban sus grandes ojos azules, sus hombros de estátua, su boca grande y melosa, su pecho blanquísimo y pingüe de matrona romana, sus caderas potentes y las soberbias columnas de sus piernas.

«Chacha Victoria» me había visto nacer. Comía en casa, muchas veces, semanas enteras. Iba con mi familia al teatro; pasaba temporadas de campo con nosotros. Dormía en «su alcoba»—mi tía llamaba así a la habitación destinada a los invitados y parientes—casi todas las noches. Tía Amancia había tomado a su cargo la empresa de casarla y, a este fin, la paseaba, la lucía, la hacía alternar, hasta le costeaba algunos trajes. Todo inútilmente: la «Beltrán de Lys» de mi tía Amancia era pavisosa y señorita pobre por añadidura. (Después, a lo largo de mi vida, ya experimentado, ¡cuántas veces pensé en ella y compadecí su tácita tragedia de mujer ardiente, amorosa y... cursimente honrada, idiotamente sacrificada al bien parecer, a las conveniencias, al mundo!).

Eramos íntimos «la chacha» y yo. Con la intimidad que puede haber entre una mujer maternal, cariñosa, acogedora y defraudada en sus más caras ilusiones, y una infancia pura, como para ella debía ser la de un niño que había dormido en su regazo, que había jugado con ella, que de ella había aprendido a balbucir los primeros conceptos y recibido la explicación a sus primeros «por qués» apremiantes.

Pero los labios que inocentemente besaron tanto tiempo la desnudez augusta de los pechos estériles, un día— no sé cuándo, a los ocho, a los nueve años—..., empezaron a besarlos con inconfesable delectación amorosa; y los ojos pueriles que la miraron siempre como un refugio materno, miráronla más tarde como un fruto sabroso que no se alcanza con la mano pero que se desea ávidamente.

Ignoro si ella sorprendió esta lenta transformación de mi devoto asombro. Tampoco yo, hasta mucho después, he sabido apreciar en todo su valor el cambio que se operó en ella respecto a mi ansiedad pubescente... Sí sé que una vez, mientras se hacía el tocado, trepé por sus piernas y fuí a besar, ya con malicia, el desnudo seno palpitante.

—¿Qué haces, Juanito?... Ahí no, que me haces cosquillas. (Yo, recordando el capricho predilecto de mi padre, a quien ya, desde 1900, había sorprendido mu-

chas veces sobre el cuerpo yacente de tita Amancia, tenía entre mis dientes el pico ágata rosa de uno de sus pechos.)

—¿Me quieres mucho, «chacha Victoria»?—le pregunté cuando aparté mi boca de aquella fuente sellada de la vida—. Más que la tita Amancia, ¿verdad?

—¡Más, mucho más, chiiquillo mío!.. ¡Tú eres mi único cariño, el único!—Y al decirlo, volvía a apretujarme contra ella. Esta vez, los besos míos fueron para un lunar magnífico que tenía la solterona en el costado, bajo la axila izquierda.

Luego, me tomó en sus brazos, me sentó en sus rodillas, y se me quedó mirando a los ojos como si quisiera transmitirme por ellos el fuego apasionado—e ignorado—que de los suyos fluía.

—Eres muy guapa, «chacha Victoria»... ¿Por qué no te casas?

Aquí estalló su gratitud, su entusiasmo. Estrelló un sonoro beso contra mis labios y a renglón seguido prorrumpió en exclamaciones de duda, de asombro, de satisfacción y de cariño:

—Hijo, no me caso porque... los hombres son muy brutos, porque no me quieren. De modo que, según tú, ¿soy guapa?... Y eso que tú todavía no entiendes.

—¿Cómo que no?—le interrumpí—. Tú vales más que tita Amancia: eres menos gruesa, más alta, más blanca...

—Pero, chiquillo, ¿tú que sabes?.. Vamos, que si fueras ya un hombre te casarías conmigo. (La reían los ojos en la cara. Nunca me he sentido, como aquella vez, mirado con tanta ternura, con tan vivo afecto.) ¿Dices que soy más blanca que la tita? Verás, niño; pero... no digas nada a nadie, ¿eh, riquín?

Me dejó un momento; asomó la cabeza fuera de la alcoba, y entornando después la puerta, comenzó por aflojarse y dejar caer hasta el suelo sus enaguas blancas, con cuyo gesto quedó ante mis ojos en camisa. Pero sobre ésta llevaba ceñido el corsé y, debajo de ella, los pantalones ocultaban la verdadera forma del cuerpo. Yo sentía ya curiosidad de verificar si también «chacha Victoria» tenía su correspondiente cabellera rizosa entre los muslos, y le insinué:

—¿El corsé para qué sirve, «chacha»?

—¿Quieres que me lo quite? Te daré gusto, preciosidad—y diciéndolo, se aligeró de aquél arnés de trapos y ballenas. A este despojo siguió el de las bragas—un prodigio de lencería, festoneadas de tiras bordadas, llenas de entredoses y lazos, todo ello merced de tía Amancia.

A través de la camisa, la luz de una ventana acusaba la línea estatuaria del cuerpo, y mi viril curiosidad incipiente adivinaba el huerto deleitoso y prohibido, negro y espeso como de zarzamoras.

Yo estaba atónito ante el magno espectáculo.

—Y ahora, ¿te gusto?—me preguntó cruzando las manos como una peina de rosadas púas sobre el moño que le agitanaba la nuca. Era la actitud clásica de todas las mujeres desnudas que se saben hermosas. Continuó—: Díme que valgo algo, peneque. Que me quede alguna esperanza.

Y giraba sobre los talones en demanda de mi fallo infantil, mostrándome, ya el sexo muy pronunciado y de realce, las rodillas suaves, que parecían buscarse en mútua caricia de juntas que estaban, los pechos que, por el contrario, diríanse rivales, de enhiestos, retadores y divergentes que eran, ya la espalda, un gran valle de leche y rosas, la grupa pomposa, maciza y empingorotada sobre los soberbios muslos, las corvas suaves, llenas de la gracia de unos hoyuelos insinuantes.

—Tienes muchos lunares, «chacha»... ¡Qué bonitos!

—Pues... para ti todos. ¡Te los regalo, príncipe!

Yo me creí en el deber de aceptar la dádiva y los fuí besando uno por uno.

—¡Ay, ay!... Me gusta que me quieras así. Pero, hijo, ¡me haces unas cosquillas!...

Como en una de las vueltas y revueltas que daba, a dos dedos de mis ojos estupefactos, éstos descubriesen otro lunar aún, recatado entre los muslos—guardián del rincón más delicioso y secreto—titubeé antes de besarlo.

—¿Y ese?... ¿Puedo besar ese también, «chacha Victoria»?...

—¡Sí, rico, sí! Si no lo dices, si eres un niño bueno, todo lo que es mío puedes besarlo. Anda.

Y sentándose en el borde de su lecho, entreabrió las piernas y ofreció a mis labios aquella apetecible golosina última...

—¡Pobrecito mío, bueno!... ¡Cómo quiere a su «cha-

cha»!...—Y aprisionaba entre sus manos mi cabeza, que ardía al contacto de aquella carne tersa, recién lavada y bienoliente.

No sé cómo el jugueteo nos llevó tan lejos, a mí en el avance y a ella en consentirlo. Pero cuando me dí de



ello cuenta, uno a otro nos habíamos trasnsfundido la fiebre que nos poseía y mi boca había hecho presa en el floripondio negro que custodiaba el lunar de vanguardia. El cráter de un volcán en erupción no tiene más fuego; ni el mar un jugo más marino; ni el desierto una tolvanera más irresistible y violenta que el frenesí con que aquella rosa de ébano llegó a removerse contra mi lengua—que aún no sabía latín, pero que ya interpretaba minuciosa y fielmente al padre Ovidio...

Por la noche, a solas en mi camita, viéndome inerme no obstante la pequeña daga que tenía entre mis manos y que—¡ay, dolor!—ya sabía yo para qué usos estaba destinada, volví a llorar, de impaciencia, de rabia... El Deseo había clavado su garra en mi cerviz antes de que la Pubertad engendrase el ímpetu y la fuerza en mis riñones.

III

No; no eran ocho ni nueve; eran lo menos diez u once años los que yo contaba cuando hice el primero y más inocente y más rendido y sabroso homenaje al Amor, en el ara desierta de una de sus víctimas. No es posible que antes de los diez años el presentimiento del placer me desasosegase de tal modo. Porque, desde que «chacha Victoria» me admitió de acólito en su capilla, la lujuria cerebral más horrible—que es la del impotente por una u otra causa—me tuvo en perpetuo jaque, hasta que... la Naturaleza fué servida de armarme caballero.

Aún no podía yo encender una vela a Dios ni al Diablo, y ya entraba en los cuartos de las criadas... a hacer el ridículo, por supuesto. Sofaldaba, al menor descuido, a todas las niñas de la vecindad; fisgoneaba descaradamente en cuantas alcobas me prometían el espectáculo de unas formas femeninas; y no se diga nada del alborozo con que me entregaba a la contemplación de los concúbitos de mi padre y mi tía, o a las complacencias de la «chacha»: aquéllos eran cada vez más agotadores para mi progenitor, que enmagrecía notablemente sobre la insaciabilidad de su cuñada, y éstas cada vez más frecuentes y ardorosas, aunque siempre con idéntico estéril resultado por mi parte.

Aunque yo era «un niño de buena familia»—en el sentido de buenos dineros—, la omnímoda libertad en que mis parientes me dejaban, entregados como se hallaban por completo a su ininterrumpida cópula, permitíame alternar con los chicos del barrio, jugar con ellos por plazas y callejas y cooperar a las verdaderas *razzias* sal-

vajes que organizaban. Bebíamos vino en las tabernas, como los hombres; acorralábamos a las chiquillas que se aventuraban a cruzar por entre nosotros, y no las dejábamos hasta que todos y cada uno las habían resobado, apechugado y besuqueado a placer. A prima noche, íbamos de portal en portal sorprendiendo idilios de domésticas con soldados o menestrales, y azorándolos con el atruendo de nuestra cerril vocinglería.

Recuerdo una de estas parejas a la que dimos una broma bárbara.

Mozo y moza se refugiaban para pelar—y aun despluchar—la pava en el más obscuro rincón del zaguán y allí hacían—magüer ser ya ambos hechos y derechos—como los rapaces Marica y Bartolo de don Luis de Góngora, las bellaquerías detrás de la puerta... Todos los anocheceres observábamos al paso que una hoja de la dicha puerta alcahueta, se movía leve y acompasadamente tras el par de impacientes prometidos. Pronto pudimos comprobar que ambos «hacían el amor» con todas las reglas del arte, aunque de pie y con subrepción reprobable. Y—yo creo que por envidia más que por reacción moral—un día decidimos poner coto a tales licencias. A este fin, reunidos siete u ocho de los más osados y salvajes entre nosotros, llegamos cautelosamente, y, cuando más engargantada estaba la pareja, mientras unos cuantos les prensábamos contra la pared despiadados y crueles, otros hicieron repicar la campanilla de la cancela hasta que los señores do la infeliz Maritornes acudieron apresurados al rumor de la espantosa zalagarda. Chillaba la moza como una urraca entrampada y el jayán juraba como lo que era, prometiéndoselas felices con los doscientos ocho huesos de cada uno de sus delatores y verdugos... Nuestra retirada y dispersión fué tan célere como augustiosa. Y aún sigue siendo uno de mis más indelebles recuerdos la ferocidad de aquel semblante masculino que parecía querer fulminarnos con los ojos ..

Pocos meses después de tal fechoría di el primer asalto en regla a una hembra y padecí los «gozos» de mi primera curda.

Alfonso y María Luisa eran hermanos y casi de mi misma edad. Ella muy alta y él muy pequeño. Aquel invierno iban a casa con frecuencia, con la mamá y dos tías, al saragüete que, por prescripción facultativa, hubo de instituir mi padre para no complicar la digestión con la alevosa nocturnidad del lecho incestuoso. Se jugaba a la lotería casera, a las prendas; tecleábanse algunos trozos de ópera y de zarzuela grande al piano; se afamaba o se difamaba a los ausentes. Todo ello entre las personas mayores; la garulla infantil formaba rancho aparte. Juego preferido era entre nosotros el de utilizar toda la casa como campo de operaciones para el escondite.

Habitualmente, mi tía—tan dadivosa de todo como avarienta de la sensualidad de mi padre—obsequiaba a sus contertulios con pastas, dulces y vinos o licores. Pero a los párvulos, so protexto de no predisponernos a ninguna clase de vicios, se nos tasaban de manera indignante las bebidas.

Mas, ¡ah!, mi represalia a la primera oportunidad, fué tremenda... Una noche descubrí que «el cuarto de los leones»—verdadero zaquizamí o sepulcro de Tutanj'hamen, donde toda inutilidad hallaba anual reposo y donde el vino envejecía en sus pipas—estaba franco por olvido de la tita Amancia. Incité a seguirme a María Luisa y Alfonso, y los tres, conjurados, invadimos la cámara en son de conquista.

El saqueo—como en toda revolución incubada durante una tiranía—fué sencillamente monstruoso: después de revolver más aún de lo que estaban todos los cachivaches, y de comer de un jamón, péndulo de una viga, y de beber con la boca aplicada a la espita de los barriles, hasta el hartazgo, nos poseyó una lamentable flojeza y... los cañutos por donde Baco nos comunicáse su alegría, quedaron abiertos. Pronto el suelo, convertido ne lagar, dejó de ser idóneo para nuestro equilibrio. Alfonso quiso imitar la tarea de los pisadores de uvas, y cayó cuan corto era, quedándose instantáneamente dormido. En aquel momento fruteció en mí el donjuanismo.

Apresé como pude a María Luisa y la tumbé sin el menor remilgo sobre un diván zanquituerto que allí se decoloraba, arrumbado. No fué muy laborioso el cerco, pues la alcaidesa obvió cualquier reparo de honestidad, y entre las continuas risitas que la ebriedad provocaba en ella, se arremangó la falda hasta la cintura y me

ofreció lo que, con certero instinto, creía que era hoyo adecuado donde el invasor espetar su bandera. Pero... ¡ay!, que el jalón de mi enseña, aunque erecto y buído, todavía no había alcanzado la rigidez agresiva que, de manera irrevocable, hace tributarias las tierras en que se clava. Mi donjuanismo era aún como un arbusto sin savia... ¿Sin savia? No, porque en aquél instante sentí que discurría por mí hacia María Luisa, algo... como una vena rota, como una vena dulce; dulzura y dolor de la caña melaz al rendir su jugo, prensada... Sin embargo, juro que de aquella unión a yurras, la virgen salió incólume; y que cualquier avisado varón de esos que sólo aceptan la coyunda a trueque de la virginidad material, pudo, después de mi embestida, haber encontrado en María Luisa lo apetecido, sin menoscabo ni fraude de especie alguna.

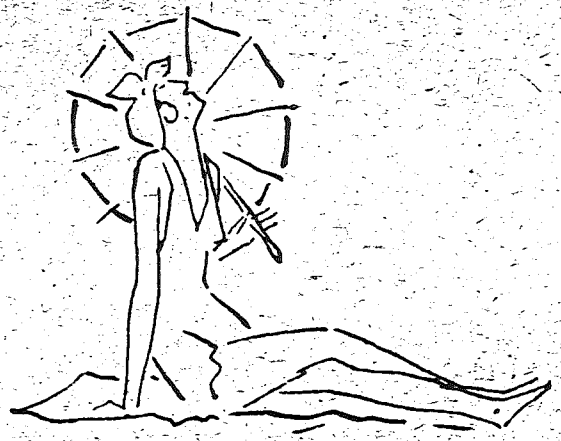
No creyó otro tanto su familia. ¡Buena se armó en la casa cuando, extrañados todos de nuestro silencio y larga ausencia, nos buscaron y nos hallaron al fin en el cuarto de los leores, a Alfonso traspuesto, a mí clavado aún en María Luisa, intentando todavía yogar con ella eficazmente... Madre y tías de mi frustrada víctima querían, nada m nos, que se personase el juez en el lugar de la violación y que allí nos casase *in extremis*, pues temían que, a consecuencia de la borrachera, además de mancillado el honor doncellil, ella y yo quedásemos muertos de un segundo a otro! A la postre, no sin grandes esfuerzos persuasorios, lograron los demás testigos de la afrenta apaciguar a las tres furias, prometiendo entre todos una reparación, en sazón oportuna, o antes si del connubio resultaba embarazada María Luisa.

A mí se me impuso un duro castigo; pero... tanto mi tía como mi padre, en el fondo, simpatizaban con mis arrestos varoniles, y a los dos días de empezar a cumplir mi pena, ésta se había atenuado de tal forma que no la sentía gravitar sobre mí lo más mínimo. No obstante, se me vigilaba como nunca y se me evitaba toda femenina proximidad, por creerla prematura y nociva.

Entonces fué cuando, en mis soledades nocturnas, comencé a dedicar a Onán mis favores y las fuerzas que ya empezaban a consolidárseme. Pero este ejercicio manual, impar y estéril, ya entonces me causaba desagrado y bochorno, y ahora tampoco me es grato recordarlo... Pasados mayo y junio nos íbamos a veranear a la villa de Rota, un puertecillo de mar gaditano. Allí terminó mi triste y angustioso noviciado, y el lego de amor que yo era, entró a gozar de las prerrogativas de los padres de coro.

IV

Mi padre alquiló en Rota media casa «por la temporada» a un matrimonio amigo, don José y doña Obdulia. Y tita Amancia tomó a su servicio una fámula indígena: «Petrilla». Lozana, pechisacada y jarifa ella, como toda mujer picada de viruelas. Era, además, recién casada; pero apenas si los domingos disfrutaba de y con su pariente, ocupado como se hallaba éste desde la tornaboda en las faenas agrícolas.



De mañana, tras el desayuno, nos íbamos todos a la playa. Petrilla nos preparaba las ropas del baño y enjugaba el cuerpo chorreante de mi tía. Papá y yo nos bañábamos en la parte de playa destinada a los varones por disposición de don Perfecto, el alcalde. Luego nos reuníamos todos al pie del edificio balneario a saturarnos de iodo marino y tostarnos de aire y de sol costeños. Yo me apartaba un poco de mi familia y, como la lujuria me había hecho un niño envejecido, en vez de jugar como tantos otros sobre la arena, tomaba los prismáticos de papá, dedicándome a aproximar, visualmen-

te, a mis manos todos los cuerpos de mujeres bien formadas que, al lejos, regalaban con sus encantos el mar y daban a las aguas la pauta de sus senos, de sus caderas, de sus movimientos e indolencias, para engendrar las olas de módulos innumerables y graciosos.



Estas exploraciones quedaban estereotipadas en mis retinas, y luego, por las noches—y sobre todo durante las siestas, que yo pasaba leyendo en el corral de la casa, a la sombra fresca de una higuera—conturbaban mi imaginación y mis sentidos, al extremo de hacerme caer siempre en un nuevo acto de sumisión vergonzosa al bíblico Onán, que no admite con agrado sino las ofrendas solitarias, impersonales... e intransferibles...

¡Qué revoltillo de nucas, de pechos, de hombros, de vientres, de caderas, de muslos y brazos desnudos y brillantes por el agua, había a toda hora en mi cerebro, desde que con pupilas de hombre vi una playa! Así, en esta constante tortura de mi sensualidad ya bien despierta, pasé el primer mes de veraneo: esperando... yo no sé qué, que no llegaba.



La primera semana de agosto me abrió—¡por fin!—no una, sino tres puertas del prometido Paraíso de los placeres, por la mano de tres Gracias distintas: Petrilla, doña Obdulia y «Roxana». Poco he leído, pero no creo que hombre alguno haya penetrado en la vida del carnal deleite de manera más pintoresca, intensa y accidentada que entré yo, de golpe y porrazo, a los catorce años.

«Roxana» era el nombre de guerra de una bailarina francesa que veraneaba en Rota. Había sido tiple ligera en su país; perdió la voz, y se dedicó entonces a la danza. Llevaba varios meses en España, habiendo empezado su *tournée* por Sevilla, donde actuó en las fiestas primaverales. Y de tal modo simpatizó con Andalucía que, decidida a descansar durante el estío, desdeñando San Juan de Luz o Biarritz, eligió aquel pueblecillo gaditano para pasar su *villégiature*. Yo la conocía de vista y de oídas, por haber sorprendido a mis parientes hacerse eco más de una vez de los comentarios roteños al desenfado de sus maneras y la procacidad de sus toaletas o sus *mallots;* además, la admiraba y la deseaba,

por su espléndida cabellera de oro y por la maravillosa escultura de su cuerpo. (En esto seguramente coincidía yo con todos los hombres de la colonia, que en vano la perseguían y acosaban. «Roxana» estaba decidida a «descansar» absolutamente y no hacía caso a ninguno).

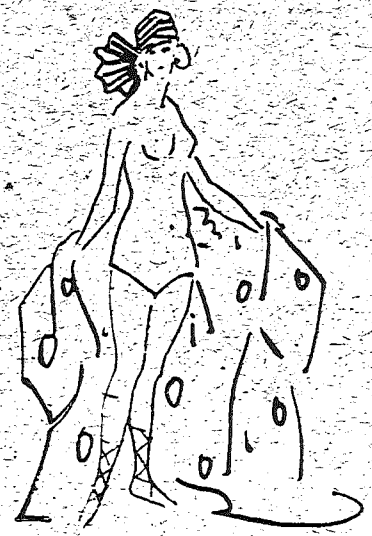
Un día, a la meridiana, hurtándome a la vigilancia de mi tía, quise poner por práctica, resuelto, el plan que había concebido para sorprender desnudas en el sector de playa destinado a las casetas de señoras, a cuantas bañistas pusieran ante mis ojos la buena suerte y mi audacia conjuradas. Llegué hasta el Castillo del Espíritu Santo —al extremo izquierdo de la playa—; me despojé de mis ropas, que oculté fuera de toda municipal jurisdicción, me zambullí en el mar, apacible y delicioso en su reflujo. Con el agua bajo las axilas, nadé y anduve hasta llegar al hilo de las casetas que me estaban prohibidas. Entonces tomé tierra, y desnudo —comprendo ahora que aquello era demasiado cinismo— fuí pasando ante cada tinglado y sorprendiendo a muchas mujeres que, con divino impudor frente al mar y al cielo, se vestían o se desnudaban, o simplemente entregaban sus carnes recién mojadas a las caricias de sus toallas, del sol o de la brisa...



Portazos de casetas. Gritos, chillidos, carreras como de ninfas asustadas, poseídas de un pánico terror de mito. Algunas —y es observación bien curiosa— viéndose sorprendidas por los ojos del hombre, acudían instintivas a cubrir su rostro con las sábanas o las manos, como si no temiesen que mis miradas poseyeran su cuerpo, y sí solo que luego en el mundo, en la sociedad, las identificase por la cara.

Cuando hube pasado ante toda la larga fila de casetas, volví otra vez a pasar, ahora desde las primeras hasta la última. La última —que era la que avanzaba más hacia el mar y hundía sus ruedas en el agua— estaba alquilada por la bailarina francesa. El portillo entreabierto incitó mi curiosidad. Me acerqué y, con el aplomo de quien se sabe impune por la soledad... y la ausencia de guardias, metí las narices y aún algo más largo y puntiagudo, en la caseta donde se resumían y concentraban en una sola ansia de posesión, todas mis ansias estivales. Mi Venus se hallaba de espaldas —¡soberbias espaldas inolvidables!— recogiéndose frente al espejo el nudoso tesoro áureo de la cabellera sobre la nuca blanca.

Aquella visión era demasiado sugestiva e irresistible para mi acometividad, aún no sofrenada por la experiencia. ¡Ay, quién tuviese ahora el ímpetu arrollador de entonces! Penetré sigiloso y armado de punta en blanco, no obstante mi desnudez adánica. Mi virilidad parecía como si quisiera estallar dentro de su natural envoltura. Me aproximé a «Roxana» y, calculando antes los pasos que tendría que retroceder para escapar a su furia, aplasté sobre sus flancos soberanos dos, tres... hasta seis besos atropellados y voraces. Fuí a huir como un ratero que apanda un bolso entre el gentío, pero unos brazos frescos y torneados me detuvieron, mientras la boca más fragante y apetecible de cuantas viera hasta entonces, me mostraba al reir el nácar de unos dientes chiquitines y todopoderosos.



—Sabía que iba usted a entrar, que ibas tú a entrar aquí, pequeño «bandolero» —me dijo «Roxana» en un español chapurrado y gracioso—. He visto toda la hazaña desde el principio, y me propuse hacerte mi prisionero, «españolito simpático».

Este cariñoso apelativo me decidió. Por primera vez hablé en hombre —es decir: mentí— a una mujer:

—Roxana: yo me he atrevido a venir, no por las demás, sino por usted. Yo soy un hombre, aunque mi familia me tenga sujeto como a un niño... No tenía más que este medio de acercarme a usted. Roxana, yo estoy

enamorado de usted como un loco. Roxana... yo nunca tuve una mujer en mis brazos. Si usted, Roxana, no tiene caridad, le juro que me mataré. Roxana... Roxana... ¡deme usted un beso!

Y al suplicarlo, ya la había aprisionado entre mis brazos, que temblaban al contacto de su cintura. Pero ella, enlazando los suyos a mi cuello, siempre risueña, denegó todavía:



—¡Bravo! ¡Bravo! Nunca me he divertido tanto; nunca sentí ganas como ahora de hacer lo que este «torerito valiente» llama «tener caridad». *Et pourtant;* los besos no se dan: eso es un pecado. Los besos... se roban si se tiene coraje para ello...

Y reía, reía con la esquividad y la risa del mar y el viento inaprensibles, mientras su boca eludía mis labios, trémulos en la proximidad de una ventura antes no gozada. Y al echar hacia atrás la cabeza pequeña y rubia, sus pechos pimpantes ofrecían a mis besos las fresas gemelas que tantos noches había yo adivinado tras la levedad de sus blusas, en el salón del Casino, entre la música ratonera de unos violines trashumantes. Aquella boca fresca, aquella risa, aquella «media lengua» burlona e incitativa de su parla y aquel roce de su carne cálida, suave y aromada contra mi desnudez virginea e impaciente, sometían todo mi ser al más delicioso e improlongable género de tortura que pueda padecer un hombre. Y sobre todo, su resistencia a que la poseyera, más bien su negativa a ser ella la que me poseyese a mí, me excitó y encalabrinó de tal suerte que, buscando en lo más hondo de mí no sé qué fuerzas, no sé qué ímpetus de sátiro encelado, la izé contra mi pecho y luego la dejé caer suavemente sobre la sábana felpuda que a la salida del agua había envuelto su cuerpo deseado.

—Así, así, querido... Bien por mi «españolito valiente». ¡Ahora... ahora. Tómame ahora, *mon kiki, mon petit kikil*...

Prendiéronse las bocas en un beso tan largo como mi iniciación; la lengua carmínea, linda y pirueteante de Roxana buscó mis encías en una irresistible caricia maestra.

Mis manos inexpertas, ávidas e indecisas—así dos palomas sedientas vuelan en semicírculo a flor de agua, sobre un río—se multiplicaban en un afán de la divina ubicuidad, sobre la garganta, sobre los hombros, sobre el seno y los flancos venustos; mi pubis ardía al contacto de su vientre, ¡de aquel pequeño escudo terso y áureo de su vientre de fuego!

Dos blancas piernas húmedas se enlazaron sobre mis riñones, que de un momento a otro parecía iban a hendírseme en un supremo esfuerzo de angustioso deleite. Las manos de Roxana empuñaron el timón, y guiado por ellas hice mi primera irrupción en el eterno mar de las voluptuosidades. Instantes después, los cuerpos entrelazados movíanse acompasadamente como una embarcación a flote; crujía al vaivén la arboladura... Se quebraba el bauprés, y yo me sentía inerme y feliz, con la felicidad moribunda del que deja ir la vida por una arteria exhausta.

.....

Prometí volver de la misma manera otras veces. Corrí ante el adiós gracioso de su mano... Llegué a las rocas lejanas, me vestí y volví a casa. Sólo habían notado mi ausencia. De mi gran aventura, nada.

Aquella noche dormí con sueño tranquilo, reparador y profundo.

A la mañana siguiente, me levanté alegre y ligero, como un buen niño sano. Cantaba y jugaba como en mi más puros días infantiles. Paradójicamente, al hacerme hombre y conocer la seriedad jocunda del placer, el viejo prematuro que yo había sido, cogitativo y lujurioso, se transformó en un niño grande que empezó a amar la Vida como un regalo de los dioses...

FIN